



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO.

NUESTRAS ACTRICES

ELOISA GORRIZ



Simpática y de talento,
joven, elegante y bella...
¡No me extraña que con ella
viva *Córcholis* contento!

Lit. Desengaño, 14. Madrid.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Histórico, por Constantino Gil.—Pavoroso porvenir, por Vital Aza.—¡Vaya un mes!, por Manuel Matos.—La novia de Vega, por José Estremera.—Tres cartas, por Sinisio Delgado.—Espectáculos, por Luis Miranda Borge.—Chismes y cuentos.—Anuncios.

GRABADOS: Eloisa Górriz.—Pascua de Navidad.—Tipos, por Cilla.



Los hebreos residentes en Madrid han pedido al Ayuntamiento se les permita sacrificar las reses destinadas á su alimentación, con arreglo á la costumbre y rito judaicos. Al efecto, traerán de luengas tierras un matarife para su uso, encargado de introducir el cuchillo de la fe en el vientre de las vacas y demás reses comestibles. Sólo así podrán comer los hijos de Israel, sin escrúpulos de conciencia y con toda unción religiosa, las chuletas á la parrilla y los riñones salteados.

Siguiendo este laudable ejemplo, los otros hebreos, llamados vulgarmente *prestamistas*, se disponen también á encargar un puntillero para ellos solos, que vaya despachando hijos de familia ante los juzgados municipales, para comérselos después guisados en su propia tinta ó en sus propios réditos.

Los escrúpulos de los israelitas han maravillado á mucha gente que no se explica cómo puede un hombre negarse á comer lo que ha guisado la cocinera. «El hombre come sin mirar de dónde»—dice una sentencia inventada por un marido filósofo práctico,—y esta suprema verdad, sancionada por el uso, viene á demostrar que los hijos de Judea son unos infelices al pretender alimentarse por su propia mano y sin cuchillada ajena.

Nadie debe reparar en la procedencia de los alimentos, vengan de donde vinieren. Cuando se establezca en Europa la costumbre de sacrificar personas en el matadero público, como hoy se sacrifican reses mayores y menores, llegaremos á comernos con la mayor tranquilidad al amigo, al pariente, al sacerdote mismo que nos ha echado el agua bautismal, y entonces oiremos imperturbables decir á la cocinera:

—¿Cómo le gusta á V. más el solomillo de guardia civil? ¿Quiere V. que se lo ponga asado?

Hoy existe ya mucha gente que, con tal de comer, sería capaz de pillar á su suegra entre dos puertas, y mandarla rellenar con salchichas, como si fuera un pavo.

En su afán de comer, el hombre llega á entregarse á todo género de locuras.

He conocido un honrado padre de familia que al saber que los chinos comen perrillos en pepitoria, cayó en la cuenta de que este animal podrá ser aquí tan sabroso como en el Celeste Imperio, y poco á poco se fué comiendo todos los perros del distrito.

En cuanto veía uno en la calle, comenzaba por agasjarle con terroncitos de azúcar, hasta llevárselo á su casa, y allí lo mataba á portazo limpio, arrojándole encima cuantos objetos encontraba á mano.

—¿Por qué no los matas con un cuchillo?—le preguntaba la mujer.

—Porque quiero antes ablandarlos, así resultan más sabrosos.

••

Leopoldo Cano está siendo estos días objeto obligado de las conversaciones madrileñas.

Su notable drama *La Pasionaria*, aplaudido con verdadero frenesí en el Teatro de Jovellanos, le ha conquistado uno de los primeros puestos en el arte dramático.

Aparte sus notables condiciones de poeta, de humorista y de persona decente (*rara avis*), Cano tiene el mérito de la perseverancia y de la laboriosidad.

Tres meses escasos invirtió en escribir su último drama, viéndose obligado á repartir su tiempo en otras tareas bien ajenas por cierto á la literatura. Cuando abandonaba la pluma de oro de hacer versos, tenía que coger la pluma oficial de despachar expedientes en la oficina militar donde desempeña un cargo importante.

Otra tarea más ingrata aún le robaba por aquel entonces su tiempo y su alegría. Uno de sus hijos, hermoso niño de cinco años, era víctima de una grave afección á los ojos que obligaba á nuestro poeta á curarle por sí mismo. Cano temblaba ante la idea de ver ciego á su hijo, y vertiendo lágrimas del corazón aplicaba un líquido abrasador á las dañadas pupilas de la infortunada criatura.

¿Cuántas veces le hemos visto llegar á nuestro círculo de la cervecería escocesa, tembloroso, pálido, con la fisonomía descompuesta!...

—¿Qué tiene V.?—le preguntábamos.

—Vengo de curar á mi pobre hijo—decía; y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Leopoldo Cano es tenaz como hombre que tiene la conciencia de su propio valer.

Yo he tenido la dicha de ser uno de los primeros que conocieron su drama, y al salir una tarde del ensayo, recuerdo que me dijo:

—Si llegan á silbarme *La Pasionaria*...

—¿Qué haría V.?—le pregunté.

—Ponerme á escribir otro drama inmediatamente.

Por fortuna, *La Pasionaria* se ha sobrepuesto á todas sus dudas y hoy la opinión pública señala á Leopoldo Cano como una de nuestras más legítimas glorias de la escena española.

••

Un drama de Navidad.

Pepito, á fuerza de súplicas, había conseguido que don Senén, el jefe de su oficina, le cediese una acción de 20 reales en un décimo de la lotería.

Llegó el día de la extracción y Pepito compró la lista grande.

—¡El 3.184!—exclamó lleno de gozo al leer este número en la lista.

Y corrió á casa del jefe.

—¿No está D. Senén?—preguntó á la criada.—Dígale usted que soy Pepito, el escribiente...

—Se está lavando los pies—contestó la doméstica.

—No importa. Ante la dicha que nos espera á todos, deben olvidarse las fórmulas de la limpieza.

D. Senén, que tenía un genio como un jefe de orden público, dijo desde la alcoba:

—Deja que pase ese mamarrachó.

Pepito entró radiante de júbilo.

—¡Somos felices!—gritó;—acaba de tocarnos el segundo premio.

D. Senén, al oír estas frases, se conmovió hasta el punto de sacar los pies del barreño y empezar á dar saltos por la habitación.

—Mire V. la lista—gritaba Pepito;—aquí la traigo.

—¡El segundo premio!—repetía D. Senén; y abrazaba á Pepito, á la criada y al loro, que estaba sobre la cómoda atado por una pata.

—¡Somos dichosos!—seguía diciendo el escribiente.—Lea V.

Y entregó á D. Senén la lista.

D. Senén buscó con avidez el número.

—No está—exclamó con algo de escama.

—¿Que no está?—dijo Pepito, trémulo de emoción.

Y se puso también á buscar el 2.184.

—Mírelo V.—gritó, por último, señalando con el dedo los guarismos.

En aquel momento D. Senén cogía el loro y se lo tiraba á la cabeza de Pepito. Después comenzó á darle puntapiés hasta llegar á la puerta de la escalera; allí le empujó violentamente, obligándole á chocar de cabeza contra el pasamanos.

Pepito salió á la calle sin poder darse cuenta de lo que le pasaba, y cuando se disponía á cruzar la acera, vió á D. Senén que, con un tiesto en la mano, le gritaba desde el balcón:

—¡Muere, infame!

Y dejó caer el tiesto sobre la cabeza del escribiente.

Dos horas después, Pepito se hallaba tendido en una cama de la casa de socorro, donde le habían hecho la primera cura. En la mano tenía aún la malhadada lista, y paseó por ella la distraída mirada. Entonces fué cuando comprendió la desesperación de D. Senén.

Pepito, en su aturdimiento, había leído 2.184 en vez de 2.148!

LUIS TABOADA.

HISTORICO

Yo no sé de dónde saca el vulgo esta afirmación. Dicen que la carne es flaca; y es una contradicción.

Yo conozco una señora, mujer de un guardia civil, que está destinado ahora de guarnición en Madrid.

Doña Francisca se llama; y pesa tantas arrobas que, para instalar su cama necesita tres alcobas.

Sin poderlo remediar, tanto la pobre ha engordado, que hasta se la ve engordar mirándola con cuidado.

Me han dicho que el otro día quiso en el tranvía ir; y se metió en el tranvía; pero no pudo salir.

Por eso no se compone ni va jamás elegante,

pues todo lo que se pone se le descose al instante.

Así es que va por su casa en invierno y primavera, con una bata de gasa que parece una alambra.

Y en cuanto llega el calor, usa no más que un vestido pintado en la carne, por un primo de su marido.

En vista de estas razones, yo me río, y no hago caso de esas frases, que á millones se escuchan á cada paso.

Pues no sé de dónde saca el vulgo esta afirmación. Dicen que la carne es flaca; y es una contradicción.

Porque si eso verdad fuera, en tal caso, doña Paca, cuanto más gorda estuviera debería estar más flaca.

CONSTANTINO GIL.

¡PAVOROSO PORVENIR!

El otro día un pavo que se hallaba en la Plaza Mayor, con alívio además, á sus colegas, de este modo arengó:

«¡Amigos! ¡Ciudadanos!
¡Basta de sufrimiento!
¡Soy por fin la hora
de nuestra redención!
¡Lancémonos al campo!
¡Salgamos al momento!
Y sean nuestros gritos:
¡En huelga! ¡Insurrección!»

«¡Guerra á las Navidades!
¡Basta de tiranía!
¡Tiempo es de que gocemos
de nuestra libertad!
¡Pues, qué! ¿Quizás el pavo
no tiene autonomía?
¡Animo, pues! Y hagamos
una barbaridad.»

«¿Por qué ciertos señores,
más pavos que nosotros,
ocupan ciertos puestos
felicis, cual se ve?
Si todos somos pavos,
lo mismo unos que otros,
¿por qué ese privilegio?
¡Vamos á ver! ¿Por qué?»

«Nosotros hasta ahora
vivimos engañados;
con nueces y castañas
nos hacen engordar,
pero después que observan
que estamos bien cebados,
nos cogen, y en seguida
nos mandan degollar.»

«Somos de nuestra raza
las masas inconscientes;
somos el pobre pueblo
que siempre sufre el mal.
¿No veis cómo se libra
de manos de esas gentes
el pavo de alta alcurnia
llamado el pavo real?»

«Del hado los rigores
con calma hemos sufrido.
¡La lucha es necesaria!
¡Unámonos con fe!
Mirad que es el tormento
mayor que he conocido
tener por tumba el vientre
de algunos que yo sé.»

«También ¡oh pavas mías!
vuestro dolor acaba;
también habéis sufrido
vosotras sin chistar.
Si algún amante hoy día
quiere pelar la pava,
luchad á picotazos,
y no os dejéis pelar!»

«Están nuestros derechos
con injusticia hollados;
la trufa es la enemiga
que habrá que combatir.
Pues si no hubiera trufas
no habría esos trufados
que obligan á que el hombre
nos quiera perseguir.»

«¡Fórmemos, pues, la rueda!
¡Limpiemos nuestros picos!
¡En guerra, y concluyamos
con tanta iniquidad!
¡Seamos implacables!
¡Matemos á los ricos!
¡Abajo lo existente!
¡Viva la libertad!»

«El pavo que así gritaba
y á los suyos exhortaba,
pagó caro su delito.
¡A las dos horas estaba
degollado el pobrecito!
Y en él —¡por sesenta reales!—
se cebaron sin piedad,
dos señores muy f rmales,
miembros de la Sociedad
Protectora de Animales.»

VITAL AZA.

¡VAYA UN MES!

(OBSERVACIONES DE UN PADRE DE FAMILIA)

Y puesto que todo el mundo habla de reformas sociales, ¿por qué no he de proponer yo también mi reforma?

Yo pido que se suprima el mes de diciembre, que se anule, que se abole, que se destruya, que sus días se repartan entre los demás meses del año y que se le declare borrado del calendario.

La corrección gregoriana tuvo esa omisión porque los que hacen almanaques no son padres de familia y no saben lo que son cuatro angelitos golosos en tiempos de navidad.

Los demás meses no me estorban porque al fin y al cabo son meses económicos, no en el sentido en que el Estado entiende esa palabra (ya sabemos que un año económico es un año en que el déficit es grande), sino en el sentido en que la aplica un empleado pobre y con niños.

Abril sirva para contar la edad; mayo para excusa de anarcóticas; julio para pretexto de baños; agosto para odas á la siega ó á la vendimia... ¡todas esas significaciones me salen á mí baratas!

Pero ¡diciembre...!!

Diciembre es el mes del déficit; ni hay paga que baste, ni cálculo que se satisfaga, ni recurso que cubra lo necesario, ni esfuerzo que alcance á completar las exigencias del mes.

Yo lo oigo decir á todos mis compañeros de oficina. «Este mes me empeño para los once meses restantes. ¡No sé qué va á ser de mí!»

Es verdad. No sé qué va á ser de nosotros. ¡Si siquiera este mes le permitiera á uno la aciaga suerte ser rico durante veinte días!

Pero ¡qué!

Es el mes en que está uno más pobre y el en que las gentes se empeñan en considerarle á uno más rico.

¡Y todo por la pícara tradición asociada á la moda!

No hay sino oír á mi mujer.

—¡Ya ves! ¿Qué dirán de nosotros si no celebramos la Pas-

cua? ¡Quién no come besugo el 24! ¡Quién no tiene pavo el 25! ¡Quién no se atraca de turrón el 26! ¡Quién no tiene una indigestión el 27!

Y váyales V. con precauciones á los chicos.

Yo, desde el día 10 del corriente no saco á los míos de casa para que no presencién el provocador espectáculo de las tiendas y los puestos ambulantes.

—No se puede salir de casa, hijos míos. ¡Qué tiempo tan atroz! Digamos con las aléluyas:

«Hoy hace un frío infinito
Y no puedo ir sin manguito.»

Es preciso que nos quedemos en casa con el Sr. Cachupín, á quien vosotros no conocéis ni yo tampoco.

Pero no me dura la estratagema sino un par de días.

Al cabo de ellos se oye tocar un tambor en la casa de al lado.

Es el hijo de mi vecino, niño mimado á quien satisfacen todos sus deseos.

—¿Oyes, papá?—dice uno de los míos.—El chico de al lado toca el tambor.

—Sí, ya lo oigo. Habrán ascendido al padre.

—No; no es eso.

—Pues será que aprenderá música.

—No, tampoco; no lo entiendes.

—Entenderlo... si que lo entiendo.

—¡Anda, papá, cómprame un tambor!

—¡Y á mi otro!

—¡Y á mí una pandera!

—Pero hijos míos, no tenemos para pan y compraremos abanicos...

—Abanicos no, ¡tambores, tambores!

—Mi mujer que habla poco, pero á tiempo.—Si, hombre, cómpraselos. ¿Qué dirían de nosotros si los chicos no tuvieran tambor? ¡ni que fueran incluseros!

—¡Luego los comerciantes son tan insolentes! ¡Tan comprometedores!

—¿Por qué no han de tener guardados los géneros? ¿No dicen que el buen paño en el arca se vende?

Y no que me ponen linos escaparatés capaces de sacar de quicio al mortal más apático, cuanto menos á una familia pobre, pero golosa.

En esta época, por el contrario, se agrandan los escaparatés con catafalcos suplementarios, y no da V. un paso por una calle sin tropezar con un espectáculo desgarrador, ¡desgarrador para el pobre! ¡Qué escaparatés!

Un autor dramático lo describiría así:

Decoración lujosa.—Profusión de luces de gas.—En el foro una columnata de botellas en que se lee: *Malaga dulce, Jerez dulce, Malvasia dulce*, etc., etc.—A la derecha (entiéndase la del espectador) coro de conservas de ambos sexos.—A la izquierda un arco romano formado con cajas de turrón.—Alfombra de peladillas.—En primer término barandilla de latas de conservas iluminadas con luces de bengala.—En el centro el cadáver enroscado de una anguila de mazapán sobre lecho de peras confitadas y dulces escarchados.—Dátiles, higos de Fraga, orejones, ciruelas-pasas, mantecados de Laujar, rodellas de jalea, etc., etc., etc.

¡Y hablan de Jauja!

—¿Quién pasa con su familia por una de esas tiendas sin verse obligado á tomar medio escenario?

—¿Y qué me cuentan VV. de los sujetitos que piden aguinaldos? Mejor dicho. ¿Hay alguna clase que no pida aguinaldo apesar de que durante el año le está recibiendo con creces?

Los murguistas, los ciegos, los que ven, los serenos que se duermen, los que debieran vigilar las alcantarillas, los carteros que extravían las cartas, los que reparten periódicos, los limpiabotas, los peluqueros, todos, todos, todos, más acomodados que V., más felices que V., más satisfechos que V. (que es un infeliz con sueldo mazquino y cercenado), todos tiran con desenfado de la campanilla, y dan su tarjeta, y se incomodan si V. se retrasa un poco, y van por el aguinaldo, no con la sonrisa complaciente en los labios, sino con el gesto agrídulo á decir poco más ó menos:

«Vengo á que el dueño de la habitación se sirva cumplir con su deber de gratificarme porque sí; porque es Noche-Buena, porque es Pascua, porque necesito turrón y pavo, y vino y...»

¡Maldita sea la casta de los gorriones y los pedigüños!

—Ahora, caballero, haga V. el favor de coger mi paga y distribuirla.

—No es verdad que con diez pagas como la mía no podría satisfacer los deseos de mi familia ni los de los mil pedigüños que en tales días me salen al encuentro?

—Y quieren que yo me regocije! ¡Y quieren que no maldiga de diciembre y de sus fiestas y de sus preparativos, y de sus... ¡Dios me perdone!

Hace un frío horrible.

Dicen que este año es uno de los más crueles que se han conocido.

Dicen que en cuanto aplaque el viento va á caer una gran nevada.

—¡Ojalá aplaque el viento pronto! ¡Ojalá caiga una nevada cual yo para mi deseo!

—¡Ojalá que al despertar mañana cubra á Madrid un inmenso sudario (así creo que dicen los poetas), y estemos enterrados bajo cuatro ó seis varas de nieve, todos los habitantes, con todos los tambores y panderas y zambombas y pastorcitos de barro y anguilas de mazapán y barras de guirlache, y ladrillos de Jijona y...

—¡Demonio! ¡Qué ruido arman mis chicos con los tambores que les he comprado!

—Mi mujer debe estar satisfecha. No podrán decir que nuestros hijos no tienen tambor. ¡Demonio! ¡No hay quien viva en esta casa!

—¡Y que no reformen el calendario!

—¡Esta es otra!

—He leído en un periódico que van á hacer reformas de personal en mi oficina.

—¡No me faltaba más!

—¡Anda, salero! En otro suelto leo que hay crisis.

—¡Vaya, vaya! ¿Por qué me he de apurar?

—Si no tengo pavo, tomaré otra resolución.

—Entre un compañero y yo nos comeremos al Ministro del ramo.

—¡Valiente mes me espera!

MARTEL MATOSAS.

LA NOVIA DE VEGA

Era Vega un muchacho modesto, de figura ruin y encogida, temeroso de Dios y los hombres, enemigo de bullas y riñas.

Su mamá que le vió crecidito, le llamó justo á sí cierto día y le dijo:—Un muchacho soltero, á tu edad, por el mundo peligra.

—He pensado en casarte.—¡Caramba!

—¡Yo casarme! Mamá, no me riñas,

pero yo no me acerco á una moza...

—¡Yo mujeres! ¡Ay! ¡Ave María!

—Es el caso que Vega era rico

y las mozas do quier le atendían.

—¡Ay Veguita, que majo que vienes!

—¡Ay qué gracia que tienes, Veguita!

Y Veguita al oír estas cosas,

vergonzoso y la cara encendida,

arqueaba lloroso las cejas

y hacia el suelo á mirar se ponía.

—Hijo mío—le dijo la madre,—

pués que á ti la mujer te intimida, te he buscado una novia muy guapa, muy honrada y de buena familia.

—¿No te gusta Felisa?—¡Remucho!

—Ya lo creo, porque es guapa chica.

—Pues ya tengo la boda arreglada,

y te casas por Pascua Florida.

En la noche primera de boda

la pareja á dormir se retira,

y cual suele ocurrir en tal caso,

comenzó á desnudarse Felisa.

Se quitó la peluca, la esponja

robó al rostro el color que tenía;

se sacó de su boca de mieles

una ¡horror! dentadura postiza.

Y el marido, al mirarla quitarse

polisón y otras cosas de encima,

dijo al fin sollozando de pena:

—¿Qué le dejas al pobre Veguita?

JOSÉ ESTREMEIRA.

TRES CARTAS

I.

«Querida amiga: Te escribo casi loca de contenta.

Vas á caer en la cuenta

cuando te diga el motivo:

¡Tengo otro novio! ¡y van tres!

Creo que el gozo se explica.

No es muy rico, pero, chica,

¡si vieras qué guapo es!

Sobresale en cualquier parte;

¡le sienta tan bien la ropa!

Te advierto que no es de tropa,

¡no vayas á figurarte!

No hay remedio, hay que quererle

y le querré aunque me muera,

porque anda de una manera...

en fin... que da gusto verle.

Y es atrevido, y me mira

con una pasión y un fuego...

me dice:—¡te adoro!—y luego

señala al pecho y suspira.

¡Qué de guiños! ¡qué de enredos!

Como mímos inocentes,

me envía besos ardientes

con las puntas de los dedos.

Con esto estamos los dos

en baños de agua de rosas,

porque, hija mía, estas cosas

saben á gloria de Dios.

Me embriaga el amor bendito

que en Fernando voy hallando,

¡porque se llama Fernando!

¡eh? ¡qué nombre tan bonito!

En fin, hija, no me pesa

de lo mucho que le quiero.
Adiós. Ya no es tuyo entero
el cariño de—TERESA.»

II

«Querida amiga Leonor;
¿No sabes lo me pasa?
Que Fernando entra en la casa
con permiso del tutor
No puedo pasar sin él;
¿qué vida más deliciosa!
¿Soy dichosa, muy dichosa
con sus palabras de miel!
Y no pasamos en vano
el tiempo, ¡pues bueno fuera!
¡estamos la tarde entera
cogidos de la mano!
¿Si vieras con qué embeleso
nos miramos! Ya no cabe
más amor. ¡Y qué bien sabe
así, á burstadillas, un beso!
Con injusticia notoria

á calumniarlo se atreven...
¡si es como el néctar que beben
los ángeles en la gloria!
Y no teas que hay dobles
en tal cariño, ¡jamás!
¿Y eso que Fernando es mi
atrevido cada vez!
Ayer me dijo... Contigo
tener secretos no debo;
pero, ¡ay! esto no me atrevo
á decirlo... y no lo digo.
No te incomodes por esa
leve falta de amistad.
ya sabes que de verdad
te quiere siempre.—TERESA.»

III

«De horrible dolor soy presa,
me paso el día llorando,
¿Te acuerdas de aquel Fernando?
¿Pues es un pillito!—TERESA.»

SINESIO DELGADO.

ESPECTÁCULOS

JOVELLANOS: *La Pasionaria*.—APOLO: *El capitán Centellas*.—LARA: *Casi... casi*.—*Sanguijuelas del Estado*.

Tarde llevo á unir mi aplauso á los muchos que ha obtenido *La Pasionaria*.

Digo esto para que sepan VV. que voy á aplaudir con toda mi alma, y aún me parecerá poco. Por de pronto y para no escatimar las alabanzas el escaso espacio de que puedo disponer, renuncio á describir el argumento, hartó conocido además, puesto que todos mis colegas le han detallado extensamente.

El primer acto es magnífico, hermoso, perfecto. Desde el monólogo con que empieza y que es una brillante pincelada que retrata el carácter del personaje que lo dice, el espectador se siente arrastrado, subyugado de tal manera, que no hay sino fijar la atención en aquella exposición magistral que se desarrolla con interés creciente, sin esfuerzo, sin olvidar un detalle, sin perder un efecto.

Aquella niña casquivana, voluble, sin sentimiento, aquel hipócrita infame que oculta bajo una máscara de humildad un corazón perverso, la vieja beata que presta al 30 por 100, aquel Marcial honrado, franco, sencillo, dispuesto siempre á amparar á la virtud, y por último, la desgraciada protagonista de la obra, flor abandonada en el cieno, que purga su falta con el desprecio de una sociedad corrompida y las viles tramas del seductor, todas son figuras de mano maestra, algo recargadas de color tal vez, pero hábilmente dibujadas y con gran acierto concluidas.

En los dos actos restantes de la acción, desembarazada y fácil, se desarrolla y concluye con tal abundancia de efectos, de escenas interesantes, de pensamientos profundos y de pruebas brillantes de talento, que el espectador, vivamente conmovido, sigue con verdadero afán las múltiples peripecias del drama, y bate palmas con entusiasmo cuando *La Pasionaria* hiere de muerte al autor de sus desgracias, encontrando natural y lógico este desenlace brusco y violento.

Hay en este drama algún resorte falso, algún efecto buscado, algún personaje no del todo concluido, como el del juez; pero, ¿quién nota estos pequeñísimos lunares, que vienen indudablemente á añadir brillo al conjunto?

La última obra del Sr. Cano es una joya de la dramática contemporánea, uno de los mejores dramas de nuestro repertorio, y título suficiente para que su autor figure en primera fila entre las glorias de la patria, con el beneplácito unánime y merecido del público y de la prensa.

En la ejecución el Sr. Vico y la Srta. Mendoza inimitables, muy bien la Srta. Casado, el Sr. González y la pequeña artista que ha hecho su debut; regularmente los demás.

La Pasionaria dará mucho dinero; nunca tanto como vale.

El capitán Centellas, zarzuela en tres actos, estrenada en Apolo, obtuvo buen éxito. El libro correcto y atildado en la forma, que recuerda en el fondo á *D. Juan Tenorio*, y algunas otras comedias de capa y espada, tiene escenas sumamente pesadas, mucho enredo que perjudica la acción, y un final de malísimo efecto.

Hay, sin embargo, algunos detalles y situaciones bien traídos, fluidez en el diálogo y una versificación armoniosa y delicada.

La música es desigual. Inspirada y brillante unas veces, monótona otras, á ratos ligera y agradable, tiene momentos

en que decae de un modo lastimoso. Algún crítico musical ha dicho que esto depende de que la partitura es obra de dos maestros. Ni quito ni pongo Rey.

Muy bien la Srta. Soler di Franco y la Sra. Cortés de Pedral; bien los Sras. Subirán, Ferrer, Soler y Constanti. Muy mal los coros.

El Sr. Pérez y González ha dado otra prueba de la fecundidad de su ingenio. *Casi... casi* es un juguete en un acto, estrenado en Lara. Hay en él una gracia tan fina, tal abundancia de chistes y tal conocimiento de la escena, que se olvida lo descuidado del asunto y lo forzado de algunas situaciones. Sr. Pérez, no derroche V. su ingenio en obras tan baladíes, como *Casi... casi*; V. debe acometer mayores empresas. Es lástima que se pierda en asuntos triviales y gastados ese torrente de gracia, esa vivacidad del diálogo y ese arsenal de recursos.

El estreno del último sainete de Ricardo de la Vega, *Sanguijuelas del Estado*, fué una verdadera batalla.

La lucha tuvo razón de ser. El cuadro primero, bastante lánguido; el portero de la oficina, caracterizado acaso con exageración; la viuda semi-romántica, personaje desprovisto de verdad en casi todos sus detalles; el final forzado y vulgar, y algunos atrevimientos dieron lugar á la protesta.

Los tipos de los oficiales de negociado, del palato aragonés y de la chula de los barrios bajos que viene á lo de la sel, efectos copiados del natural y muchos chistes de primer orden que esmaltan la obra, justificaron el aplauso.

Triunfó al cabo la parte del público que aplaudía, y se aseguró el éxito.

Verdad es que los defectos señalados anteriormente no son perdonables en el ilustre autor de *Los baños del Manzanares*; pero no es menos cierto que hubiera sido una desdicha relegar al olvido aquellas pinceladas de primer orden con que sólo el Sr. Vega sabe retratar nuestras costumbres.

Algunos sainetes del mismo autor, recibidos con frialdad ó descontento en la noche del estreno, han quedado después de repertorio para bien de la literatura, con sólo sufrir ligeras modificaciones. Con éste sucederá lo mismo.

En la ejecución se distinguieron notablemente la Srta. Rodríguez, que fué muy aplaudida, el Sr. Manso, que caracterizó á maravilla el personaje, y el Sr. Arana, éste un tantico exagerado. El conjunto muy bien.

LUIS MIRANDA BORGE.



Dice un periódico que se trata de fundar un círculo con el título de «Casino de los hijos de Madrid,» habiéndose ya recogido un respetable número de adhesiones.

No me extraña; Madrid es una villa de primer orden, y bien pueden sus hijos permitirse ese lujo.

Pero estos círculos tienen una cosa.

Que á lo mejor resultan círculos viciosos.

Y no lo digo por mal.



—Oye, Juana, anoche te dije que me despertaras hoy á las ocho y, efectivamente, no has parecido todavía.

—Pero, señorito, si ayer entré á llamarle y... se volvió V. del otro lado.

—¿Y á ti qué te importa?

—Como V. no se levanta, he creído inútil...

—¿Pero, infeliz, si quiero que me despiertes precisamente por eso! ¿Para no dormir toda la noche en la misma postura!



—Niño, ¿quién mató á César?

—Mi padre.

—¿Qué estás diciendo!

—Digo, me parece, porque siempre que hay belenas en casa mi madre le llama bruto.



El número próximo será dedicado á los inocentes.

¿Habrá que verlo!

TIPOS



Estudió en el seminario,
es visita de un convento
y no vive ni un momento
sin criada y sin rosario.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos

CONTIENE ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS MEJORES LITERATOS
y viñetas y caricaturas debidas al lápiz de CILLA

Redacción y Administración: GERVANTES, 2, Segundo.—Madrid.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A DOS

Precios de suscripción

MADRID	Ptas. Cs.	PROVINCIAS	Ptas. Cs.
Trimestre.....	2,50	Semestre.....	4,50
Semestre.....	4,50	Año.....	8
Año.....	8	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	
		Año.....	15

PRECIOS DE VENTA

	Ptas. Cs.
Un número.....	15
Idem id. atrasado.....	50
Veinticinco números.....	2,50
Doce idem.....	1,25

Las suscripciones empiezan el día 1.º de cada mes y en provincias no se admiten por menos de seis meses.

No se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo; en este último caso certificando la carta.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

COMPANÍA COLONIAL

FUNDADORA EN ESPAÑA DE LA FABRICACIÓN DE CHOCOLATES Á VAPOR

Proveedora efectiva de la Real Casa

22 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

ÚNICA CASA EN SU RAMO

PREMIADA

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS
CON DOS MEDALLAS

CHOCOLATES
GRAN MEDALLA DE ORO
SOPAS COLONIALES

MEDALLA DE BRONCE

ACREDITADOS CAFÉS

LOS ÚNICOS PREMIADOS

EN LAS GRANDES EXPOSICIONES DE VIENA Y FILADELFA

GRAN SURTIDO DE TÉS SELECTOS

PASTILLAS NAPOLITANAS Y BOMBONES DE CHOCOLATE
DULCES Y CAJAS FINAS DE PARÍS

Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8

MADRID

BIBLIOTECA DE ARTE Y LETRAS

Esta Biblioteca, que ha dado á luz en magníficos tomos lujosamente encuadernados las obras de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, reparte mensualmente un tomo, un fotograbado copia de un cuadro de mérito y un número del periódico *Arte y Letras*, redactado por nuestros más distinguidos escritores.

Precio de suscripción: Un mes, cuatro pesetas.

Agotadas la mayor parte de las obras, se ha hecho segunda edición, pudiéndose servir á los suscritores todo lo publicado.

Para suscripciones y reclamaciones

Miguel Sabaté.—Mayor, 15, 3.º